

Las cárceles que elegimos

Las cárceles que elegimos

Doris Lessing

Traducido del inglés por
Ariel Font Prades

Lumen

narrativa

Papel certificado por el Forest Stewardship Council*



Título original: *Prisons We Choose to Live Inside*

Primera edición: junio de 2018

© 1986, Doris Lessing

«Actitudes mentales no analizadas que el comunismo dejó a su paso»,
publicado por primera vez en *Partisan Review*, 1992. © 1992, Doris Lessing

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Ariel Font Prades, por la traducción

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento,
promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada
de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna
parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores
y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-264-0545-6

Depósito legal: B-6596-2018

Compuesto en M. I. Maquetación, S. L.

Impreso en Cayfosa

Barcelona

H 4 0 5 4 5 6

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Las cárceles que elegimos agrupa una serie de conferencias impartidas por Doris Lessing en 1985 bajo los auspicios de la Canadian Broadcasting Corporation (CBC), tituladas, respectivamente: «Cómo nos verán en el futuro», «Vosotros al infierno, nosotros al cielo», «Cambiar de canal para ver *Dallas*», «Mentalidades de grupo» y «Laboratorios de cambio social».

Las Conferencias Massey se crearon en honor del insigne Vincent Massey, exgobernador general de Canadá, y fueron inauguradas en 1961 por la CBC para posibilitar que distinguidas autoridades dieran a conocer los resultados de estudios o investigaciones originales sobre asuntos de interés general.

«Actitudes mentales no analizadas que el comunismo dejó a su paso» es el título de la conferencia pronunciada por Doris Lessing en un congreso celebrado en la Universidad de Rutgers en abril de 1992 bajo el lema «Los intelectuales y el cambio social en la Europa Central y del Este».

Sería bueno que el hombre se ocupara más de la historia de su naturaleza y menos de la historia de sus actos.

FRIEDRICH HEBBEL

Es inútil poner compuertas a las ideas, porque saltan por encima.

WENZEL LOTHAR METTERNICH

Haber dudado de sus principios fundamentales es lo que distingue al hombre civilizado.

La mente de un fanático es como la pupila del ojo; cuanta más luz se arroja sobre ella, más se contrae.

O. W. HOLMES JR.

Cómo nos verán en el futuro

Había una vez un próspero y muy respetado granjero que poseía algunas de las mejores vacas lecheras del país, y a quien otros granjeros de la mitad sur del continente acudían en busca de consejo. Esto era recién terminada la Segunda Guerra Mundial en la antigua Rodesia del Sur, hoy Zimbabue, donde me crie.

Yo conocía bien al granjero y a su familia. El hombre, que era de origen escocés, decidió un día importar de Escocia un toro muy especial. En aquella época la ciencia no había descubierto aún la manera de enviar proyectos de becerro por correo aéreo de un continente a otro en paquetes pequeños. El animal llegó a su debido tiempo, lógicamente en avión, y fue recibido por un comité de bienvenida formado por granjeros, amigos y expertos. Costó diez mil libras esterlinas. No sé cuánto sería eso ahora, pero era una cantidad muy elevada para el granjero. Le prepararon un hogar muy especial. Se trataba de un toro impresionante, de grandes dimensiones, manso como un corderito, se-

gún decían, y al que le gustaba que le rascaran en el cogote con un palo desde la distancia prudencial que proporcionaban los barrotes de su pesebre. Tenía su propio cuidador, un muchacho negro de doce años. Todo fue bien; enseguida quedó claro que aquel toro no tardaría en convertirse en padre de un número satisfactorio de terneros. Era toda una atracción; mucha gente acudía los domingos por la tarde y se maravillaba ante aquel animal fabuloso cuya docilidad parecía contradecir su imponente aspecto. Y entonces, de manera tan repentina como inexplicable, el toro mató a su cuidador, al muchacho negro.

Se creó una especie de tribunal de justicia. Los parientes del muchacho exigieron, y obtuvieron, una indemnización. Pero la cosa no terminó ahí. El granjero decidió que había que sacrificar al toro. Cuando se conoció la noticia, gran número de personas fueron a ver al granjero para implorar por la vida de aquella bestia majestuosa. A fin de cuentas, como sabía todo el mundo, los toros a veces enloquecían. El muchacho estaba prevenido de ello y debió de cometer un descuido. Evidentemente, no volvería a ocurrir nunca más... Desperdiciar toda aquella potencia, aquella energía, por no hablar del dinero, ¿y para qué?

«El toro ha matado, el toro es un asesino y debe ser castigado. Ojo por ojo, diente por diente», dijo el granjero, inexorable. Y el toro fue ejecutado por un pelotón de fusilamiento y luego enterrado.

Como ya he dicho, este granjero no era ni un paleta ni un ignorante. Además, al igual que todos los de su clase —esto es, la minoría blanca gobernante—, se pasaba el día despotricando contra los negros que vivían a su alrededor por considerarlos seres primitivos, atrasados, paganos y demás.

Pero su acto —el de condenar a un animal por haber cometido una maldad— se remonta al más remoto pasado de la humanidad, es tan antiguo que no sabemos dónde empezó, pero sin duda ya ocurría en aquellos tiempos lejanos en que el hombre apenas sabía diferenciar entre seres humanos y bestias.

Cualquier otra sugerencia hecha con tacto al respecto por parte de amigos o de otros granjeros fue desechada con un «Sé distinguir entre el bien y el mal, muchas gracias».

Hubo otro incidente. En una ocasión, al término de la última guerra, un árbol en particular fue condenado a muerte. El árbol estaba vinculado al general Pétain, quien fuera considerado primero el salvador de Francia y luego un traidor a su patria. Cuando Pétain cayó en desgracia, el árbol fue solemnemente condenado y ejecutado por colaborar con el enemigo.

A menudo pienso en estas dos anécdotas, pues representan ese tipo de suceso que va cobrando significado conforme pasa el tiempo. Cuando las cosas parecen ir más o menos bien —y me refiero a asuntos humanos en gene-

ral—, es como si de repente surgiera un espantoso primitivismo y la gente volviera a adoptar conductas bárbaras.

De esto es de lo que quiero hablar en estas cinco conferencias: de hasta qué punto y con cuánta frecuencia nos vemos dominados por nuestro pasado salvaje, como individuos y como grupo. Sin embargo, aunque en ocasiones parezca que no tenemos arreglo, cada vez sabemos más de nosotros —y acumulamos conocimientos con demasiada rapidez para poder asimilarlos—, no solo en cuanto individuos, sino también en cuanto grupos, naciones y miembros de una sociedad.

Es esta una época en que da miedo estar vivo, en que es difícil pensar en los seres humanos como criaturas racionales. Dondequiera que uno mire solo ve brutalidad y estupidez; se diría que no existe más que eso, que en todas partes se produce una vuelta a la barbarie y que somos incapaces de frenarla. Pero yo creo que, si bien es cierto que en líneas generales vamos a peor, es el hecho de que las cosas sean tan aterradoras lo que hace que nos quedemos como hipnotizados y no advirtamos —o, si las advertimos, les restemos importancia— fuerzas igualmente poderosas en el sentido contrario: las fuerzas de la razón, la cordura y la civilización.

Y, naturalmente, no se me escapa que mientras digo esto habrá gente que murmure: «¿Dónde? Esa mujer debe de estar loca si ve algo bueno en el cenagal en el que vivimos».

Creo que la cordura hay que buscarla precisamente en ese proceso de juzgar nuestro comportamiento, como en el caso del granjero que sacrificó a un animal para que expiara un crimen o el de la gente que condenó a muerte a un árbol. Contra estos instintos primitivos tan sumamente poderosos, tenemos lo siguiente: la capacidad de observarnos a nosotros mismos desde otras perspectivas. Algunas de estas son muy antiguas, tal vez mucho más de lo que pensamos. No hay nada nuevo en la exigencia de que la razón gobierne los asuntos humanos. Por ejemplo, en ocasión de otro estudio me topé con un libro de la India, un texto de dos mil años de antigüedad, un manual sobre cómo gobernar de manera juiciosa. Sus propuestas son tan modernas, sensatas y racionales como cualquier cosa que se nos pueda ocurrir ahora; y tampoco exige menos en lo que atañe a la justicia, suponiendo que entendamos qué es la justicia. Si menciono este libro —por cierto, lo escribió un tal Kautilya, se titula *Arthashastra* y por desgracia es bastante difícil de encontrar en bibliotecas no especializadas— es solo porque este libro que parece tan inconcebiblemente antiguo se refiere a sí mismo como el último en una larga serie de textos similares.

Se podría alegar que es motivo de pesimismo, y no de lo contrario, el que después de tantísimos siglos sabiendo a la perfección cómo hay que administrar un país, estemos aún tan lejos de conseguirlo; pero —y este es justamente el meollo de lo que quiero decir— lo que sabemos de noso-